

Viajes espirituales en el Puerto de Veracruz (México)

Juan Antonio Flores Martos

Yo no partí de un puerto conocido. Ni sé hoy qué puerto era, porque todavía no he estado allí. Tampoco, igualmente, el propósito ritual de mi viaje era ir en demanda de puertos inexistentes –puertos que fuesen tan sólo el entrar-hacia-puertos; ensenadas olvidadas de ríos, estrechos entre ciudades irrepreensiblemente irreales. Pensáis, sin duda, al leerme, que mis palabras son absurdas. Es que nunca habéis viajado como yo.

¿Partí yo? Yo no os juraría que partí. Me encontré en otras partes, en otros puertos, pasé por puertos que no eran aquélla, aunque ni aquélla ni ésas fueran ciudades ningunas. Juraros que fui yo quien partió y no el paisaje, que fui yo quien visitó otras tierras y no ellas las que me visitaron –no puedo hacéroslo...

...He visitado Nuevas Europas, y Constantinoplas otras han acogido mi llegada velera en Bósforos falsos. ¿De llegada velera os espantáis? Es como lo digo, así mismo. El vapor en que partí llegó hecho un barco de vela al puerto [...] Que esto es imposible, decís. Por eso me ha sucedido.

Fernando Pessoa: Viaje nunca hecho.

El fragmento anterior podrían suscribirlo algunos de mis informantes del Puerto de Veracruz (Juanos, George, Concepción Posadas, doña Mode, Betty), gentes que continúan viajando guiados por su imaginación cultural, de forma espiritual y en ocasiones encarnada, visitando otros países, ciudades, tiempos y cuerpos, pero también recibiendo como una visita o una irrupción las imágenes, sueños y espíritus procedentes de aquellos territorios ignotos. Ellos también partieron de un puerto desconocido, aunque sea en él donde habitan, y sólo tras visitar esos puertos lejanos, «Nuevas Europas» y «Constantinoplas», llegan a ubicar mejor la ciudad-puerto de la que forman parte, y también sus fisiologías, herencias y deseos.

Una regularidad en las sociedades caribeñas, entre las que se encuadra Veracruz por sus características sociales, estéticas y culturales –aunque situada geográficamente en el Golfo de México–, es el lugar concedido a la experiencia del viaje, a la rememoración e invención de diferentes viajes que han influido en su conformación poblacional y cultural (desde

China, Siria-Líbano, África, Europa, India, Estados Unidos), y la producción de innumerables relatos de viajes –más «reales», «oníricos» o «espirituales»–, en los que se perfila una singular imaginación sobre diferentes *otros* (chinos, geishas, cubanos, españoles, neoyorquinos, indígenas de municipios y selvas del estado, *naguales*, palestinos...). Los trabajos de los especialistas en este área sociocultural, coinciden en que la memoria del Caribe estaría configurada por el viaje, y en considerar a éste como un asunto privilegiado en su constitución cultural.

Con la lectura de *Las Antillas: fragmentos de una memoria épica*, del poeta antillano Derek Walcott, resulta posible comprender algo de la naturaleza y complejidad de las sociedades caribeñas. No se trata sólo de que éstas posean una identidad fragmentada por las culturas y sociedades que en su momento dejaron un aporte significativo en sus ciudades, sino que además poseen fragmentos identitarios, ecos de voces y culturas lejanas, no recordadas sino «inventadas».

La cultura urbana veracruzana ha sido abordada en mi investigación¹ no solamente desde una perspectiva histórica, sino también estética, en especial buscando analizar la posición que ocupa la alteridad en la ciudad y su carnaval, y en un singular *panteón de espíritus carnavalizado*, y todo ello vinculado al papel que la ensoñación y la imaginación juegan en las sociedades caribeñas. Así, las conversaciones, historias y creaciones sensibles de Veracruz no subrayan tanto una memoria cultural o fisiológica de España, Europa, China, Japón, Líbano o África, sino más bien los ecos erráticos de una memoria efímera, manufacturada inspirándose en las mercancías, imágenes y palabras de los medios de comunicación local, y nutriéndose de las redes globales de estereotipación imaginaria de Occidente.

Hablar de tránsitos corporales, espirituales e identitarios amerindios y americanos, ladinos y urbanos, supone tener presente el nomadismo étnico y cultural gestado hace siglos en las ciudades y puertos del Mediterráneo, una multiforme y estratégica «identidad de caravana» o del viaje. Así, considero a la ciudad-puerto de Veracruz como un territorio interesante para estudiar las identidades en tránsito a finales del siglo XX que, sin compartir todos los rasgos de los *no lugares* que Marc Augé ha perfilado como diseminados por la geografía de un mundo postindustrial, condensan un imaginario haz de identidades «portuario». Este haz se halla conformado por un trabajo cultural –de memoria cultural, pero también morfológico y

¹ Portales de múcar. Una etnografía del Puerto de Veracruz. *Tesis doctoral en Antropología Social, Facultad de CC.Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid, octubre 1999 (próxima publicación).*

plástico— orientado a elaborar taxonomías, a la simulación de identidades experimentadas o probadas parcial y fragmentariamente, a la manera de un traje, a través fundamentalmente del mundo de su omnipresente carnaval y del mundo espiritual, en sus rituales de trance, posesión y videncia espiritual.

En los tiempos actuales, donde los flujos migratorios de personas, mercancías e imágenes influyen en la desterritorialización y la descontextualización cultural, los antropólogos nos vemos compelidos a ensayar trabajos que traten de contextualizar y diseccionar la peculiar combinatoria que se despliega entre los motivos de lo local y lo global, de la tradición y la modernidad, de lo exótico y lo cercano, en un determinado campo —ya sea éste una aldea, un pueblo, una ciudad o un individuo—.

Las gentes de Veracruz, en su condición de miembros de una sociedad porteña y abierta al tránsito de fisiologías individuales y culturales, y mercancías, constituyen unos informantes excepcionalmente capacitados y atraídos por la producción de relatos de viajes —que describen territorios y países lejanos— de diferentes clases: ya sean éstos viajes reales (como marineros al Japón o a puertos del Lejano Oriente), o narrativas de viajes más o menos imaginarias (sueños, viajes y videncias espirituales). Componiendo este panorama veracruzano atravesado por diversos nomadeos, resalta el fenómeno de los *viajes espirituales*, en los que algunos interlocutores veracruzanos describen —a veces refiriéndose a ellos como «sueños», pero manteniendo la conciencia de que son otra cosa distinta a los sueños usuales— culturas y ciudades lejanas: ciudades de Estados Unidos (Boston, Nueva York), los Lugares Santos de los pasajes bíblicos, una ciudad amurallada hindú, una tienda desabastecida o un zoológico de La Habana, pueblos españoles o la Gran Vía de Madrid —con una descripción pormenorizada de sus grandes cines y trasiego de gentes—. En sus relatos, aparecen a veces sólo contemplando esos mundos y escenas diferentes, como observa un espectador ajeno, pero en ocasiones se transforman en uno de esos «nativos». Este es el caso de Concepción Posadas, una «cartomanciana» y curandera espiritista del barrio de la Huaca, y el modo en que «se sueña» como una gitana en España: «Pues mira, yo me siento que vengo por ahí vaya, como de España, yo me he soñado en España, como de un pueblo, como de un sitio de que hay gitanas, pero siento que tengo un montón aquí de dinero aquí, colgadas sobre la frente, monedas de oro colgadas en la cabeza. Tengo una par de pañuelos así, con una faldas largas. Entonces digo, ‘Yo para qué quiero acudir al tarot ni nada, si yo soy gitana’».

En los hogares de este territorio urbano destacan otra clase de viajes, exóticos e íntimos a la vez. La incorporación de diferentes espíritus en el suje-

to veracruzano bajo el paraguas simbólico de la *ciencia espiritual* (un espiritismo catolizado del Puerto que puede nombrarse como una versión de un neopaganismo portuario), dramatiza un singular viaje y pasaje transcultural (y en ocasiones temporal) en las personas que reciben en su cuerpo dicha visita espiritual, y en aquellas que como consultantes, acompañantes o ayudantes asisten a tal ritual de posesión. En la ciudad existe un guión cultural abierto y la posibilidad de experimentar la encarnación –espiritual– de figuras y motivos exóticos (hindúes, árabes, *pieles rojas*, gitanos, japoneses, chinos...), los mismos que tienen una presencia en las estanterías y altares domésticos, y que forman parte de la decoración de las *salas* (salas de estar) veracruzanas. En la abigarrada decoración de una sala y cuarto humilde, aquellos que renta doña Modesta Morgado en la colonia Zaragoza, unas figuras japonesas, chinas o hindúes exhiben una visibilidad y trato privilegiado en estanterías y vitrinas –ya sea como «santos» o entidades mágicas a las que realizar «pedimentos» o como «diosas del amor»–. La hija mayor de doña Mode, Luisa, una persona con «facultad espiritual», que daba curación como *materia* (médium) en un templo espiritualista de la ciudad, incorporaba como uno de sus espíritus protectores, a un «chinito». La experiencia de hablar con otra voz desde el interior de un sujeto, en un idioma tan exótico allí como es el chino, en el tipo de mimesis espiritual que estamos refiriendo, no sólo es un asunto de la dramatización de una *glosolalia*, o una cuestión «interior» o de ventriloquía, sino que apareja una suerte de transformación fisiológica externa y observable para el informante. Así describía doña Modesta Morgado la conversión de su hija en «un chinito espiritual»: «Es un chinito, porque ella se transforma, su cara se le transforma, hasta sus ojos se le transforman. Sí, ¡y ella habla en chino! Y ahorita ¿qué le va a hablar a usted ese idioma?, ella ya cuando se transforma en chino, que su espíritu de esa persona se apodera, es cuando ella sabe y habla ¡en chino!, porque cura y da recetas y todo, y hace los saludos de ellos. ¡Sí, sí, sí, cómo se inclinan, cómo hacen, todo, eso lo hace ella!».

Los espíritus hablantes en chino remarcan la imposibilidad de la comunicación, postulándose en el sentido común nativo la necesidad de una traducción entre esa entidad espiritual «extranjera» y los creyentes o asistentes al ritual de curación. Estos espíritus –adjetivados o nombrados como «sabios», «doctores» o «maestros»– al hablar en chino expresan su lejanía cultural y alteridad, pero también enfatizan las dificultades de comunicación inherentes a los tratos y conversación de los veracruzanos con sus *otros* más radicales (espíritus y «chinos»), y una suerte de «confusión babilónica» dramatizada que remarca la experiencia sensible y social de vivir en un puerto, de variada composición social, y de asistir al tránsito de indivi-